Clásicos Espirituales

La Cena del Señor



Charles H. Mackintosh

C. H. Mackintosh

LA CENA DEL SEÑOR

Ediciones Tesoros Cristianos

Índice

Prologo

La institución de la Cena del Señor debe ser considerada por todo cristiano espiritual como una prueba particularmente conmovedora de los misericordiosos cuidados del Señor y de su considerado amor por su Iglesia. Desde el tiempo en que fue instituida hasta el día de hoy, la Cena del Señor fue un firme, aunque silencioso, testigo de esta verdad, que el enemigo ha procurado corromper y destruir por todos los medios a su alcance: que la redención es un hecho cumplido del que todo creyente en Jesús, aun el más débil, puede regocijarse. Ya han transcurrido dos mil años desde que el Señor Jesús estableció el pan y la copa como los símbolos de su cuerpo partido y de su sangre derramada por nosotros, respectivamente. Y, a pesar de los innumerables cismas y herejías, de tantas controversias y contiendas, de todas las guerras de principios y los prejuicios que manchan las páginas de la historia eclesiástica, esta tan significativa institución ha sido conmemorada por los santos de todas las épocas. Es verdad que el enemigo, en una vasta sección del cuerpo profesante, logró envolverla en un manto de oscura superstición; logró presentarla de tal manera que quedó oculta de la vista de los participantes la gran realidad eterna que conmemora. El enemigo, efectivamente, tuvo éxito en reemplazar a Cristo y a su sacrificio cumplido, por una ineficaz ordenanza, la que por el mismo modo de su administración prueba su completa inutilidad y su oposición a la verdad. Sin embargo, a pesar del fatal error de Roma referente a la ordenanza de la Cena del Señor, ella todavía declara a todo oído circunciso y a toda mente espiritual la misma verdad preciosa y profunda: “Anuncia la muerte del Señor hasta que él venga.” El cuerpo fue partido y la sangre derramada una vez, y nunca más se ha de repetir; y el partimiento del pan no es más que el memorial de esta verdad emancipadora.

¡Con qué profundo interés y agradecimiento, pues, el creyente puede contemplar "el pan y la copa"! Sin pronunciar una sola palabra, la Cena presenta ante nuestras almas las más preciosas y gloriosas verdades: la redención cumplida; los pecados perdonados; la gracia reina; la justicia eterna establecida; el aguijón de la muerte ha desaparecido; la gloria eterna ha sido asegurada; la gracia y la gloria fueron reveladas como un libre don de Dios y del Cordero; la unidad del "un cuerpo" bautizado por "un Espíritu", ha sido manifestada. ¡Qué fiesta gloriosa! Retrotrae al alma, en un abrir y cerrar de ojos, veinte siglos, y le muestra al mismo Señor, la misma "noche que fue entregado", sentado a la mesa, e instituyendo allí una fiesta que, desde ese solemne momento, desde esa memorable noche, y hasta rayar el alba, habría de conducir el corazón de cada creyente hacia la cruz, cuando mirara atrás, y hacia la gloria, cuando mirare adelante.

Desde entonces, esta fiesta, por su misma simplicidad, y no obstante su profundo significado, reprimió la superstición de los hombres —que quisieron deificarla y hacer de ella un objeto de culto—, la profanidad que quiso violar su carácter santo, y la incredulidad que quiso borrarla por completo; pero, a la vez que reprimió todas estas cosas, fortaleció, consoló y refrescó el corazón de millones de queridos santos de Dios. Qué dulce es pensar, cuando nos reunimos el primer día de la semana alrededor de la Mesa del Señor, que apóstoles, mártires y santos se reunieron en torno a esta fiesta, y hallaron allí, en su medida, frescura y bendición. Muchas cosas tuvieron lugar con el correr de los siglos: Muchas escuelas de teología surgieron, florecieron y desaparecieron; doctores y padres amontonaron cuantiosos y ponderosos volúmenes de teología; funestas herejías obscurecieron la atmósfera y fragmentaron por completo a la Iglesia profesante; la superstición y el fanatismo introdujeron sus infundadas teorías y extravagantes ideas; los cristianos profesantes se dividieron en innumerables partidos o sectas; pero, a pesar de las tinieblas y la confusión que reinaron, la Cena del Señor ha subsistido siempre, y nos habla de una manera simple, aunque poderosa: "Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga" (1.ª Corintios 11:26).

¡Qué fiesta preciosa! ¡Gracias a Dios por concedernos tan grande privilegio de poder celebrarla! Con todo, no son sino símbolos, simples elementos que a los ojos de la naturaleza no valen nada ni dicen nada. El pan partido y el vino vertido, ¡qué simple! Sólo la fe puede leer el significado de esos símbolos, y, por tanto, no precisa de los extraños agregados que le introdujo la falsa religión con el objeto de sumarle dignidad, solemnidad y temor, cuando en realidad ese acto debe todo su valor, todo su poder y toda su grandiosidad al hecho de ser el memorial de una obra cumplida y eterna, que la falsa religión niega.

¡Ojalá que tú y yo, querido lector, podamos comprender mejor el significado de la Cena del Señor, y experimentar más profundamente la gracia de partir ese pan que es "la comunión del cuerpo de Cristo", y de beber esa copa que es "la comunión de la sangre de Cristo" (1.ª Corintios 10:16)!

Para cerrar este prefacio, encomiendo este breve tratado a los misericordiosos cuidados del Señor, rogándole que sea de provecho para las almas de su pueblo.

C. H. M

PENSAMIENTOS SOBRE LA CENA DEL SEÑOR

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga"

(1.ª Corintios 11:23-26).

Deseo ofrecer unos breves pensamientos sobre la Cena del Señor, con el objeto de despertar un más vivo y ferviente interés por este tema tan importante y alentador en todos aquellos que aman el Nombre de Cristo y todo aquello que él ha instituido.

Debemos bendecir al Señor por haber considerado en su gracia nuestra necesidad de tener establecido semejante memorial del amor que lo llevó a morir por nosotros y de tener preparada una mesa a la cual todos los miembros de su cuerpo pueden presentarse con una sola condición indispensable: relación personal con Cristo y obediencia a él.

El bendito Señor conocía perfectamente la tendencia de nuestros corazones a alejarse de él y de los demás miembros de su cuerpo; por eso, al menos uno de los objetos que tuvo al instituir la Cena, fue vencer esta tendencia. Él quiso congregar a los suyos alrededor de su propia persona; quiso preparar una mesa para los suyos, en la cual, en vista de su cuerpo partido y de su sangre derramada, pudiesen recordarle a él y su amor infinito por ellos, y desde la cual pudiesen mirar adelante, hacia el futuro, y contemplar la gloria, de la cual la cruz constituye el eterno fundamento. Su mesa es también

el lugar donde los suyos aprenderían a olvidar sus diferencias de opinión sobre cosas secundarias, y donde pueden y deben amarse los unos a los otros: es el lugar donde los suyos pueden ver alrededor de sí a aquellos a quienes el amor de Dios ha invitado a la fiesta, y a quienes la sangre de Cristo ha hecho aptos y dignos para estar allí.

A fin de hacer comprender de manera más fácil y abreviada lo que tenemos para decir sobre este tema, nos limitaremos a los cuatro puntos siguientes, a saber:

1. Qué es la Cena del Señor, y qué anuncia
2. Las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor
3. Las personas para quienes se instituyó la Cena del Señor
4. El momento y la manera en que se ha de celebrar la Cena del Señor.

1

QUÉ ES LA CENA DEL SEÑOR, Y QUÉ ANUNCIA

Esta cuestión es de suprema importancia. Si no la comprendemos, todos nuestros pensamientos sobre este tema serán erróneos. La Cena es pura y claramente una fiesta de acción de gracias por una gracia ya recibida. El Señor mismo, al instituirla, le confiere su carácter al dar las gracias: "El Señor... tomó pan; y habiendo dado gracias." La alabanza y no la oración es la conveniente expresión de los corazones de aquellos que están sentados alrededor de la Mesa del Señor.

Es cierto que tenemos muchos temas de oración, muchas cosas que confesar, muchos motivos que afligen nuestros corazones; pero la Mesa del Señor no es el lugar de la aflicción. Respecto de los afligidos se dice: "Dad la sidra al desfallecido, y el vino a los de amargado ánimo. Beban, y olvídense de su necesidad, y de su miseria no se acuerden más" (Proverbios 31:6-7). Para nosotros, en cambio, la copa es una "copa de bendición", esto es, de acción de gracias, el símbolo divinamente elegido de la sangre preciosa que logró nuestra redención. "El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?", ¿cómo, pues, podríamos partir ese pan con corazones entristecidos y rostros afligidos? ¿Podrían los miembros de una familia, tras las faenas del día, sentarse a cenar con caras tristes y con lamentaciones? Seguramente que no. La cena era la gran comida de la familia, la única ocasión segura que había de reunir a toda la familia. Las caras que no se vieron durante todo el día, podían encon-

trarse ciertamente a la hora de la cena, y seguramente se sentirían felices de estar allí. Ni más ni menos debiera ser en ocasión de la Cena del Señor.

La familia de Dios es la que allí se reúne, y debe hacerlo con felicidad, con sincera felicidad. Debe regocijarse desde el fondo del corazón en el amor de Aquel que la ha reunido alrededor de sí mismo.

Es cierto que cada corazón vive una situación particular: cada uno tiene sus propias penas, sus propias pruebas, sus propios fracasos y sus propias tentaciones, cosas todas ocultas y desconocidas para aquellos que están alrededor de nosotros. Pero todos estos asuntos personales no son los objetos que deben ocupar nuestros pensamientos en la Cena del Señor. Si los traemos a consideración entonces, deshonramos al Señor de la fiesta, y hacemos de la copa de bendición, de acción de gracias y de alabanzas, una copa de tristeza. El Señor mismo nos ha invitado a esta fiesta, y nos ha mandado, a pesar de nuestras faltas, no poner ante nuestras almas más que la plenitud de su amor y la eficacia purificante de su sangre; y cuando el ojo de la fe está fijo en Cristo y lleno de Él, no hay más lugar para ninguna otra cosa. Si estamos ocupados con nuestros pecados, naturalmente que seremos miserables y desdichados, porque consideramos otra cosa aparte de la que Dios nos demanda a contemplar; porque nos acordamos de nuestra miseria y de nuestra pobreza, precisamente cosas que debemos olvidar. Perdemos de vista así el verdadero carácter de la Cena, la que, en lugar de ser una fiesta de gozo y de felicidad, se torna en una causa de tristeza y de depresión espiritual; entonces, nuestra preparación para ella, y los pensamientos que han de tenerse en torno a ella, estarán más en relación con el monte Sinaí que con una feliz fiesta familiar.

Si alguna vez debió de existir un sentimiento de tristeza en ocasión de la celebración de la Cena, lo fue seguramente el día en que fue instituida, cuando —como lo veremos al considerar el segundo punto de nuestro tema— todo debió producir un sentimiento de profunda tristeza y desolación; sin embargo, el Señor Jesús pudo "dar gracias"; la corriente de gozo que rebosaba su alma, era tan profunda que no podía ser estorbada por las circunstancias del momento. Su gozo, al dar su cuerpo y verter su sangre, estaba muy lejos del alcance del pensamiento y del sentimiento humanos. Y si él pudo regocijarse en espíritu y dar gracias al partir ese pan que debía ser, para todas las generaciones futuras de creyentes, el memorial de su cuerpo dado por nosotros, ¿no deberíamos regocijarnos también

nosotros, que estamos en posesión de los benditos resultados de su trabajo y de sus sufrimientos? Sí; nos conviene regocijarnos.
Pero —preguntará alguno— ¿ninguna preparación es necesaria? ¿Nos sentaremos a la Mesa del Señor con la misma indiferencia con que lo hacemos a nuestra propia mesa? Por cierto que no; necesitamos estar bien en nuestras almas, y el primer paso para ello es la paz con Dios, esa dulce seguridad de nuestra salvación eterna, que es el resultado, no de nuestros suspiros y de nuestras lágrimas de arrepentimiento, sino de la obra cumplida del Cordero de Dios, de la cual el Espíritu Santo da testimonio. Al comprender esto por la fe, entendemos lo que nos hace perfectamente aptos para la presencia de Dios. Muchos creen honrar la Mesa del Señor cuando se acercan a ella con almas humilladas hasta en el mismo polvo, en el sentimiento del intolerable peso de sus pecados. Pero este pensamiento brota del legalismo del corazón humano, fuente inagotable de cosas que deshonran a Dios y a la cruz de Cristo, que contristan al Espíritu Santo y que destruyen nuestra paz. Si consideramos a la sangre de Cristo como lo único que nos da derecho de participar de la Mesa del Señor, mantendremos —y podemos sentirnos plenamente satisfechos de ello— el honor y la santidad de esta mesa de una manera infinitamente más eficaz que trayendo a ella nuestras tristezas y nuestros arrepentimientos humanos.

Pero la cuestión de la separación será considerada, no obstante, a medida que avancemos con nuestro tema.

La Cena del Señor y su relación con la unidad del Cuerpo de Cristo

Otro principio importante está relacionado con el carácter de la Cena del Señor: se trata del reconocimiento inteligente de la unidad del Cuerpo de Cristo. “El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?

Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1.ª Corintios 10:16-17). Una gran confusión reinaba sobre este punto en Corinto, que se hallaba en tristes circunstancias: los creyentes parecían haber perdido completamente de vista este gran principio de la unidad de la Iglesia. Por eso el apóstol observa: “Cuando os reunís, pues, vosotros, esto no es comer la cena del Señor. Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena” (1.ª Corintios 11:20-21). Lo que vemos aquí no es unidad, sino aislamiento; una cuestión

individual, y no corporativa: “su propia cena” estaba en vivo contraste con “la Cena del Señor”. La Cena del Señor demanda que todo el cuerpo sea plenamente reconocido; si no lo fuere, ello no sería otra cosa que sectarismo: el Señor mismo habrá perdido su lugar. Si la Mesa del Señor fuese erigida sobre un principio más estrecho que aquel que incluye a todo el Cuerpo de Cristo, se convertiría en una mesa sectaria, que perdería su derecho sobre los corazones de los creyentes. Pero cuando una mesa es erigida sobre el principio divino de la unidad del Cuerpo de Cristo, el cual incluye a todos los miembros del Cuerpo simplemente como tales, todo aquel que se rehúse a presentarse a ella, se hace culpable de cisma , según los claros principios de 1.ª Corintios 11: “...oigo que hay entre vosotros divisiones [lit.: cismas]; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones [lit.: herejías, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados” (v. 19).

Cuando el gran principio de la unidad de la Iglesia ha sido perdido de vista por cualquier parte del cuerpo, habrán de surgir “herejías”2, las cuales son necesarias a fin de que los que son aprobados se manifiesten como tales; y, en tales circunstancias, cada uno tenía la responsabilidad de aprobarse a sí mismo, y comer. Los “aprobados” están en contraste con los “herejes”, es decir, con aquellos que hacen su propia voluntad.

Uno podría argumentar: «Las numerosas denominaciones que existen en la cristiandad actual, ¿no constituyen un obstáculo para la reunión de todo el cuerpo en uno? Y, en tales circunstancias, ¿no sería mejor si cada denominación o cada partido tuviese su propia mesa?» Una respuesta afirmativa no haría más que probar que el pueblo de Dios no es más capaz de actuar conforme a los principios divinos, y que se halla en la triste posición de dejarse guiar por la conveniencia humana. ¡Bendito sea Dios, tal no es el caso! La verdad divina permanece inalterable. Lo que el Espíritu Santo enseña en 1.ª Corintios 11 es válido para todos los tiempos y para todos los miembros de la Iglesia de Dios. Si bien en la asamblea de Corinto había impiedad, divisiones y herejías, así como las hay hoy día en la Iglesia profesante, el apóstol no permitió que los creyentes levantasen mesas separadas, ni tampoco que dejasen de partir el pan. No; él simplemente buscaba inculcarles los principios y la santidad que constituyen la base de la reunión al Nombre de Jesús, e invita a aquellos que podían “aprobarse a sí mismos”, a comer.

La expresión de la Palabra es “coma así”. Nuestro primer interés, pues, debe ser comer “así”, tal como el Espíritu Santo nos lo enseña, es decir, reconociendo verdaderamente la santidad y la unidad de la Asamblea de Dios .

Cuando la Iglesia es menospreciada, el Espíritu Santo es contristado y deshonrado y, sin duda, todo terminará finalmente en un frío formalismo y en una completa esterilidad espiritual. Cuando la inteligencia propia toma el lugar del poder espiritual, y los dones y talentos humanos sustituyen a los del Espíritu Santo, el fin no puede ser sino muy triste, como “los sequedales en el desierto”.

La verdadera manera de progresar en la vida divina es viviendo para la Iglesia, y no para nosotros mismos. Aquel que vive para la Iglesia, está en plena armonía con la mente del Espíritu, y necesariamente deberá crecer. Pero aquel que vive para sí mismo, aquel cuyos pensamientos giran en torno de sí, y cuyas energías se concentran en sí mismo, pronto se volverá entumecido y formalista y, casi con seguridad, abiertamente mundano. Sí, se volverá mundano en algún sentido de ese tan amplio término. La Iglesia y el mundo se hallan en total oposición; pero no hay otro aspecto del mundo en que esta oposición sea más evidente, que en el aspecto religioso. Cuando se lo examina a la luz de la presencia divina, se verá que casi ninguna otra cosa es más hostil a los verdaderos intereses de la Iglesia de Dios, que aquello que comúnmente se llama el «mundo religioso».

Antes de avanzar hacia las otras divisiones de nuestro tema, sólo quisiera enunciar otro principio muy simple en relación con la Cena del Señor, sobre el cual quisiera llamar especialmente la atención del lector cristiano, a saber, que la celebración de la Cena del Señor debiera ser la clara expresión de la unidad de todos los creyentes y no meramente de la unidad de cierto número de ellos congregados sobre ciertos principios que los distinguen de los demás. Si para la comunión a la Mesa del Señor se impusiera otra condición aparte de la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo y de un andar compatible con esa fe, la Mesa del Señor se convertiría en la mesa de una secta, y no tendría así ningún derecho en el corazón de los creyentes.

Y, además, si al sentarme a la mesa, debo identificarme con cualquier cosa —ya en principio, ya en práctica— que la Escritura no impusiera como condición a la comunión, en ese caso también la mesa se tornaría en una mesa sectaria. No es cuestión de si hay o no cristianos allí, pues sería ciertamente difícil hallar una mesa entre las congregaciones evangélicas en la que no participen cristianos. El

apóstol no dijo: “Es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son cristianos”, sino “los que son “aprobados”. Tampoco dijo “pruébese cada uno a sí mismo que sea cristiano, y coma así”, sino, “pruébese [o apruébese] cada uno a sí mismo”, es decir, que se manifieste como uno de aquellos que no sólo tienen una recta conciencia en cuanto a su actuación individual en el asunto, sino que también confiesa la unidad del Cuerpo de Cristo.

Cuando el hombre impone condiciones propias para la comunión, allí tenemos el principio del sectarismo. Por el contrario, cuando una mesa es erigida de tal manera y sobre tales principios que un cristiano, sujeto a Dios, puede tomar perfectamente su lugar en ella, entonces el cisma consistiría en no tomar parte en ella. Por nuestra participación, y por nuestra conducta conforme a nuestra posición y profesión, reconocemos la unidad de la Asamblea, ese importante objeto en vista del cual el Espíritu Santo ha sido enviado del cielo a la tierra.

Después que el Señor Jesús fue resucitado de entre los muertos y tomó su lugar a la diestra de Dios, envió al Espíritu Santo a la tierra para reunir a los suyos en un cuerpo. Es necesario observar que el Espíritu debía formar un cuerpo, y no muchos cuerpos. Él puede, sin embargo, tener verdaderos creyentes en las diferentes sectas, pues, aunque sean miembros de sectas o partidos humanos, son, sin embargo, miembros del “un cuerpo”; pero el Espíritu Santo no forma todos esos «cuerpos», sino un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo, “porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1.ª Corintios 12:13).

No quisiera que haya un mal entendido sobre este punto. Lo que digo es que el Espíritu Santo no puede aprobar los diferentes partidos existentes en la Iglesia profesante, pues Él mismo ha dicho, por boca del apóstol, en esto “no os alabo” (1.ª Corintios 11:17). El Espíritu es contristado por los numerosos partidos, y quisiera impedirlos; pues por Él todos los creyentes son bautizados para la unidad de un solo cuerpo; de modo que nadie, medianamente sensato, puede pensar que el Espíritu Santo puede reconocer los diferentes partidos, los cuales son causa de aflicción y de deshonra para Él.

No obstante, debemos también distinguir entre la morada del Espíritu Santo en la Iglesia, y su morada en el creyente.

Él habita en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia (véase 1.ª Corintios 3:16-17; Efesios 2:22). Pero también habita en el creyente, como lo vemos en 1.ª Corintios 6:19: "...vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios". Así como el creyente es la única persona en la cual el Espíritu Santo puede habitar, así también la Iglesia o Asamblea de Dios en su conjunto es el único cuerpo o comunidad en que el Espíritu Santo puede habitar. Pero, como ya ha sido observado, la Mesa del Señor en una determinada localidad debe ser la representación de la unidad de toda la Asamblea.

Esto nos conduce a otro principio relacionado con la naturaleza de la Cena del Señor, a saber: Que es un acto por el cual no solamente anunciamos la muerte del Señor hasta que él venga, sino por el cual también damos expresión a una verdad fundamental para nuestros días, y que no podría ser urgida con la fuerza y frecuencia suficientes en todos los cristianos, a saber: Que todos los creyentes son "un pan", "un cuerpo" (1.ª Corintios 10:17). Es un error muy común considerar la Cena del Señor simplemente como un medio de gracia para cada alma en particular, y no como un acto que atañe a todo el cuerpo, no menos que a la gloria de Aquel que es Cabeza de la Iglesia. No puede caber ninguna duda en cuanto a que ella es un medio de gracia para el alma de cada participante, pues todo acto de obediencia trae consigo bendición. Pero que esa bendición espiritual no es sino una muy pequeña parte de ella, lo puede advertir cualquiera que lea atentamente 1.ª Corintios 11. Lo que cobra importancia para nuestras almas en la Cena del Señor, es la muerte de Cristo y su venida. Allí donde uno de estos elementos es excluido, algo seguramente debe de estar mal. Si el anuncio de la muerte del Señor, la representación de la unidad del cuerpo o la clara percepción de Su venida, fuesen obscurecidos por cualquier cosa, entonces debe haber algo radicalmente malo o falso en el principio sobre el cual es erigida la mesa; y para descubrir claramente el error, sólo se precisa un ojo sencillo y una mente sumisa a la Palabra de Dios y al Espíritu de Cristo.

Ahora, pues, que el lector de estas líneas examine con oración la mesa en la que toma parte regularmente, y que vea si ella es capaz de soportar la triple prueba de 1.ª Corintios 11, y, si no la resistiere, en el Nombre del Señor y por amor de la Iglesia, que la abandone. En la iglesia profesante hay cismas y herejías, pero "pruébese [o apruébese] cada uno a sí mismo, y coma así". Y si se nos preguntase una vez más qué significa el término "aprobado", contestamos que,

en primer lugar, significa ser personalmente fieles al Señor en el acto del partimiento del pan, y, en segundo lugar, salir de todo partido, y tomar nuestra posición firme y decididamente sobre el amplio principio que incluye a todos los miembros del Cuerpo de Cristo. No sólo debemos tener cuidado de andar en pureza de vida y con corazones limpios delante del Señor, sino también de que la Mesa de que participamos no tenga absolutamente nada asociado a ella que pudiera estorbar la unidad de la Iglesia. No se trata solamente de una cuestión personal. Nada pone más claramente de manifiesto la profunda decadencia del cristianismo de nuestros días y la terrible medida en que el Espíritu Santo es contristado, que el miserable egoísmo que tiñe —o más bien que mancha— los pensamientos de los cristianos profesantes. Todo se lo hace depender directamente del yo. Se oye hablar de «mi perdón», de «mi seguridad», de «mi paz», de «mis felices sentimientos», etc., pero no de la gloria de Cristo ni del bienestar de su amada Iglesia. Pues que las palabras del profeta hagan mella en nosotros: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos. Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré glorificado, ha dicho Jehová. Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa” (Hageo 1:7-9). Aquí está el meollo de la cuestión. El yo se halla en contraste con la casa de Dios; y si se hace de él el objeto de todo, no hemos de asombrarnos si nos falta el gozo, la energía y el poder espiritual. Para que estas últimas cosas sean una realidad en nosotros, debemos estar en comunión con los pensamientos del Espíritu. Él piensa en el Cuerpo de Cristo; y si nosotros pensamos en nosotros mismos, estaremos en disputa con él; y sabemos muy bien cuáles serán las consecuencias de ello.

2

LAS CIRCUNSTANCIAS EN QUE FUE INSTITUIDA LA CENA DEL SEÑOR

Una vez desarrollado el punto más importante de nuestro tema, pasaré a considerar, en segundo lugar, las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor. Estas circunstancias fueron particularmente solemnes e instructivas. El Señor estaba a punto de entrar en el combate contra todos los poderes de las tinieblas, de encontrar el odio asesino del hombre, y de beber hasta sus sedimentos la copa de la justa ira de Jehová contra el pecado. Le esperaba una mañana terrible, tal como ningún hombre ni ángel vio jamás. Sin embargo, leemos que el Señor, "la noche que fue entregado, tomó pan" (1.ª Corintios 11:23). ¡Qué amor sin egoísmo! La noche del más profundo dolor, la noche de su agonía, en que su sudor caía a tierra como gruesas gotas de sangre, la noche en que uno de sus discípulos lo traicionó, y otro lo negó, la noche en que todos sus discípulos lo abandonaron, esa misma noche, Su corazón, lleno de pensamientos de amor por los suyos, instituyó la Cena.

Él designó el pan como símbolo de su cuerpo partido, y el vino como símbolo de su sangre derramada; y ese mismo significado tienen ambos para nosotros hoy, todas las veces que participemos de ellos, pues la Palabra nos asegura que "todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga" (1.ª Corintios 11:26).

Ahora bien, todo esto, podemos decir, le confiere una particular importancia y una sagrada solemnidad a la Cena del Señor; y, además, nos da una idea de las consecuencias de comer y beber indignamente.

La voz que profiere la Cena del Señor en los oídos circuncisos es siempre la misma. El pan y el vino son símbolos de profundo significado: el grano quebrantado y la uva estrujada se combinan para dar fuerza y gozo al corazón. Y no solamente estos símbolos hablan por sí solos, sino que tenemos el deber de emplearlos en la Cena por el solo hecho de ser los emblemas que el Señor mismo estableció la noche anterior a su crucifixión. La fe, pues, puede contemplar al Señor Jesús presidiendo en su propia Mesa; puede verle tomar el pan y el vino, y oírle decir: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo", y respecto a la copa: "Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (Mateo 26:26-27).

La Cena, pues, retrotrae al alma a esa misma noche en que el Señor la instituyó, y pone delante de nuestros ojos toda la realidad de la cruz y los profundos dolores del Cordero de Dios, y nuestras almas pueden descansar en estas cosas y regocijarse en ellas. Ella nos hace recordar, con la mayor solemnidad y majestuosidad, el abnegado amor y el don completo de Aquel que, en esas horas en que el Gólgota arrojaba ya sus sombras fúnebres sobre Su camino, y en que la copa de la justa ira de Dios contra el pecado estaba llena para Él, podía, sin embargo, ocuparse de nosotros y prepararnos una fiesta que expresa de la manera más maravillosa nuestra unión íntima con Él y con todos los miembros de su cuerpo. ¿No podemos inferir que el Espíritu Santo hizo uso de la expresión "la noche que fue entregado" con el propósito de remediar los desórdenes que habían surgido en la asamblea de Corinto? ¿No había en esa expresión un severo reproche contra el egoísmo de aquellos que tomaban "su propia cena"? ¿Podríamos, al mirar a la cruz, dar lugar al egoísmo en nuestro corazón? ¿Podríamos pensar en nuestros propios intereses o dar rienda suelta a nuestra satisfacción personal en la presencia de Aquel que se ofreció a sí mismo por nosotros? ¿Es posible, delante de esta cruz donde el Pastor del rebaño, la Cabeza del Cuerpo, fue crucificado, introducir principios por los cuales una parte de los amados miembros del rebaño de Cristo serían afligidos o excluidos? ¿No menospreciaríamos así, con frialdad y premeditación, a la Iglesia de Dios? ¡De ninguna manera! Si los creyentes tan sólo mirasen firmemente a la cruz, si considerasen esa misma "no-

che que fue entregado", si guardasen por la fe en sus corazones el pensamiento del cuerpo dado y de la sangre del Señor Jesucristo derramada por ellos, todo cisma, herejía, todo espíritu de partido y todo egoísmo habrían desaparecido muy pronto. Si siempre tuviésemos conciencia de que el Señor mismo está presente a su Mesa, y presto a dispensar el pan y el vino; si pudiésemos oírle decir: "Tomad esto, y repartidlo entre vosotros" (Lucas 22:17), estaríamos en mejores condiciones de reunirnos con todos nuestros hermanos sobre el único terreno de la comunión cristiana que Dios puede reconocer. En una palabra, la persona de Cristo es el centro divino de unión. "Yo —dijo el Señor— si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Juan 12:32). Cada creyente puede oír a su amado Señor pronunciar desde la cruz estas palabras que conciernen a todos aquellos que creen como Él: "He ahí tus hermanos." Y si esta palabra fuese verdaderamente entendida, actuaríamos, de alguna manera, tal como el discípulo amado lo hizo respecto a la madre de Jesús; nuestros corazones y nuestras casas serían abiertos a todos aquellos que son recomendados a nuestro amor y a nuestros cuidados. La Palabra dice: "Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios" (Romanos 15:7).

Relación entre la Cena del Señor y la Pascua judía

Hay todavía otro punto digno de mención en esta segunda parte de nuestro tema: la relación que existe entre la Cena del Señor y la Pascua judía. "Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la pascua. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id, preparadnos la pascua para que la comamos... Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa [esto es, la copa de la Pascua], dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga" (Lucas 22:7-18).

La Pascua, como lo sabemos, era la gran fiesta de Israel, celebrada por primera vez en la noche memorable de su liberación de la esclavitud de Egipto. La relación de la Pascua con la Cena del Señor consiste en que la primera es un tipo del hecho del que la segunda es la conmemoración. La Pascua dirigía la mirada adelante, hacia la cruz; la Cena, en cambio, la dirige hacia atrás. Israel no se hallaba

más en un estado tal que fuese capaz de celebrar la Pascua según los pensamientos de Dios, y por eso el Señor Jesús retiró a sus discípulos lejos de las ordenanzas judías y los estableció en un nuevo orden de cosas. No era más menester sacrificar un cordero, sino partir el pan y beber el vino en memoria de Aquel que debía ser ofrecido una sola vez, y cuyo sacrificio habría de tener un resultado eterno. Aquellos que se inclinan ante las ordenanzas judías, pueden todavía buscar, de una u otra manera, la repetición periódica de un sacrificio o de algo que los haya de acercar más a Dios.

Hay también creyentes que piensan que por la Cena del Señor, el alma entra en un pacto con Dios, o lo renueva.

Se olvidan por completo de que, si fuésemos a hacer un pacto con Dios, estaríamos inevitablemente perdidos; pues el único resultado de un pacto entre Dios y el hombre no puede sino poner de manifiesto que el hombre es incapaz de guardarlo, lo que traería el juicio. Pero — ¡a Dios gracias!— no se trata de nada semejante a un pacto con nosotros. El pan y el vino, en la Cena, expresan una profunda y maravillosa verdad; ellos hablan del cuerpo dado y de la sangre vertida del Cordero de Dios, de ese cordero provisto por Dios mismo. El alma puede entonces reposar en una perfecta complacencia; es el nuevo pacto en la sangre de Cristo, y no un pacto entre Dios y el hombre. El pacto del hombre había fracasado por completo, y el Señor Jesús tuvo que dejar que la copa del fruto de la vid (figura del gozo en la tierra) pasara de él. La tierra no tenía ningún gozo para él; Israel se había convertido en "sarmientos degenerados de una vid extraña" (Jeremías 2:21; V.M.); por lo cual, Él sólo tuvo que decir: "No beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga" (Lucas 22:18). A Israel le esperaba un largo y triste período de tiempo, antes de que su Rey tomara la copa y se gozara en la condición moral del pueblo; pero, durante ese tiempo, "la Iglesia de Dios" había de "celebrar la fiesta" de los panes sin levadura, en todo su poder y significado moral, quitando la "vieja levadura de malicia y de maldad", como fruto de la comunión con Aquel cuya sangre limpia de todo pecado.

En fin, el hecho de que la Cena haya sido instituida inmediatamente después de la Pascua, nos enseña un muy valioso principio de verdad, a saber: que los destinos de la Iglesia o Asamblea y del pueblo de Israel, están inseparablemente unidos a la cruz del Señor Jesucristo. Sin duda la Asamblea, por estar unida a su Cabeza resucitada y glorificada, tiene un lugar elevado; pero todo reposa en la cruz. Sí, es en la cruz donde la mano de Jehová quebrantó la pura

gavilla y estrujó el fruto de la viña viviente, con el objeto de dar, para siempre jamás, la fuerza y el gozo a su pueblo celestial y a su pueblo terrenal. El Autor de la vida tomó de la mano justa de Jehová la copa de ira, la copa del temblor, y la bebió hasta sus sedimentos, para poder poner en manos de Su pueblo la copa de la salvación, del inefable amor de Dios, a fin de que "beban y se olviden de su necesidad, y de su miseria no se acuerden más" (Proverbios 31:7). La Cena del Señor pone todo esto delante de nuestros ojos. El Señor mismo está allí, y los rescatados deben venir a Su presencia, en santa comunión y en amor fraternal, para comer y beber delante de Él; y, mientras lo hacen, pueden volver sus miradas hacia atrás, hacia esa noche de profundos sufrimientos de su Señor, y hacia adelante, a ese día de Su gloria, a esa "mañana sin nubes", "cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron" (2.ª Tesalonicenses 1:10).

3

LAS PERSONAS PARA QUIENES SE INSTITUYÓ LA CENA DEL SEÑOR

Vamos a considerar ahora las personas para quienes —y para quienes solamente— se instituyó la Cena del Señor. Ella fue instituida para la Iglesia de Dios, para la familia de los redimidos. Todos los miembros de esta familia debieran tomar parte allí; pues el que se ausenta sin causa, incurre en la culpa de desobediencia al claro mandamiento de Cristo y de su inspirado apóstol, lo que traerá como consecuencia una positiva declinación espiritual y un completo fracaso en el testimonio para Cristo. Pero estas consecuencias son sólo el resultado de un ausentismo voluntario de la Mesa del Señor.

Hay circunstancias en que, por más que uno tenga el más ferviente deseo de estar presente a la Mesa del Señor —y una mente espiritual siempre sentirá la necesidad—, puede verse impedido de hacerlo por motivos de fuerza mayor. Pero podemos afirmar, como principio de verdad, que es imposible que uno haga progreso en la vida divina si, de su propia voluntad, se ausenta de la Mesa del Señor. Se le ordenó a "toda la congregación de Israel" celebrar la Pascua (Éxodo 12). Ningún miembro de la congregación podía ausentarse sin exponerse al castigo, como lo vemos en el libro de los Números, capítulo 9:13: "Mas el que estuviere limpio, y no estuviere de viaje, si dejare de celebrar la pascua, la tal persona será cortada de

entre su pueblo; por cuanto no ofreció a su tiempo la ofrenda de Jehová, el tal hombre llevará su pecado.”

Motivos que mantienen ausente al creyente de la Mesa del Señor

Si pudiera despertar un mayor interés sobre este importante tema, un gran servicio se rendiría a la causa de la verdad, y los intereses de la Iglesia de Cristo recibirían un nuevo impulso. Hay muchísima ligereza e indiferencia en los corazones de los cristianos en cuanto a su participación a la Mesa del Señor. En otros casos, cuando no se trata de indiferencia, la tendencia a abstenerse de participar surge de una comprensión imperfecta de la justificación por la fe y de una incapacidad de elevarse hasta el terreno en el cual la gracia nos ha colocado. Estos dos obstáculos, por diferentes que sean en sí mismos, tienen una sola y misma causa: el egoísmo.

La indiferencia

El indiferente permite con facilidad que las circunstancias de importancia mínima le impidan asistir: ocupaciones de la casa, querer su propia comodidad, mal tiempo, ligeras o, como a menudo sucede, imaginarias indisposiciones físicas, son unos pocos de tantos otros pequeños impedimentos. Si se tratara de intereses materiales, de la consecución de algún objeto terrenal, no nos dejaríamos detener por ninguna de estas cosas. No les prestaríamos la menor atención. ¡Cuán a menudo puede observarse que los creyentes que no tienen la suficiente fuerza espiritual para dejar sus casas el domingo, tienen abundante fuerza corporal el lunes para hacer varios kilómetros en vista de sus asuntos terrenales! ¡Es lamentable que así sea! ¡Qué triste es pensar que la ganancia terrenal pueda tener una mayor influencia en el corazón de un cristiano, que el honor de Cristo y el bien de la Iglesia! En este contexto debemos considerar la Cena del Señor. ¿Cuáles serían nuestros sentimientos si, en la gloria, fuésemos llamados a recordar que nuestros negocios o cualquier otro objeto o circunstancia terrenal hayan podido ocupar nuestro tiempo y nuestras energías, cuando descuidamos la reunión de los amados de Dios a la Mesa del Señor?

Querido lector cristiano, si tienes la costumbre de descuidar la reunión de los creyentes, te suplico que pienses seriamente delante del Señor en las tristes consecuencias de tu ausencia de ella: Faltas en tu testimonio para Cristo, provocas daños y perjuicios a las almas de tus hermanos, e impides el crecimiento de tu propia alma en la gracia y el conocimiento de Jesucristo. No vayas a pretender que tu manera de actuar no tenga ninguna influencia en la Asamblea de Dios. O bien eres de ayuda para los miembros del Cuerpo de Cristo en la tierra, o bien eres un estorbo; pues "si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él" (1.ª Corintios 12:26). Este principio no ha perdido ni su verdad ni su fuerza, aun cuando los cristianos estén dispersos en innumerables partidos. Es tan divinamente verdadero, que no hay un solo creyente en la tierra cuyas acciones no sean de ayuda o de estorbo para cada miembro del Cuerpo de Cristo. Si es verdad el principio enunciado —a saber, que la reunión de los cristianos para el partimiento del pan en una determinada localidad, es, o al menos debiera ser, la expresión de la unidad de todo el cuerpo—, nadie puede dejar de ver que su ausencia de la asamblea, o el hecho de no unirse a sus hermanos para dar expresión a esa unidad, provoca un serio daño a los hermanos y a uno mismo. Apelo al corazón y a la conciencia del lector, y ruego al Señor que estas consideraciones calen hondo en su alma.

Comprensión incompleta de la doctrina de la justificación

Pero no sólo está culpable y perniciosa indiferencia es lo que mantiene a muchos creyentes lejos de la Mesa del Señor; la comprensión incompleta de la justificación produce también los mismos resultados. Si la conciencia no está completamente apaciguada, y si el corazón no ha hallado el reposo completo en el testimonio de Dios acerca de la obra consumada de Cristo, o bien uno se abstendrá de la Cena, o bien no la celebrará con la debida inteligencia espiritual. Sólo aquellos que por la enseñanza del Espíritu Santo conocen el valor de la muerte del Señor, pueden anunciar esta muerte según los pensamientos de Dios. Si considero esta fiesta como un medio por el cual soy llevado más cerca de Dios, o por el cual obtengo el perdón de mis pecados, o por el que estoy más seguro o más consciente de mi aceptación delante de Dios, es imposible celebrarla correctamente. Yo no podría tomar mi lugar a la Mesa del Señor con una verdadera comprensión espiritual si no estoy plenamente convencido, por la fe, de que todos mis pecados son perdo-

nados para siempre. Si no asistimos a la fiesta sobre la base de esta plena seguridad, la Cena del Señor sólo puede ser considerada como una especie de grada que nos conduce al altar de Dios; pero en la ley se nos dice que no debemos subir por gradas al altar de Dios, no sea que se descubra nuestra desnudez (Éxodo 20:26). Esto significa que todos los esfuerzos humanos para acercarse a Dios, no servirían más que para descubrir la desnudez humana.

Para resumir, vemos, pues, que si la indiferencia es lo que mantiene a un cristiano alejado del partimiento del pan, ello es algo muy culpable a los ojos de Dios y muy perjudicial para uno mismo y para los hermanos. Mas si lo que provoca la ausencia del creyente es una comprensión imperfecta de la justificación, ello no sólo es inexcusable a la luz de las Escrituras, sino también algo que deshonra el amor del Padre, la obra del Hijo y el claro e inequívoco testimonio del Espíritu Santo.

Uno oye decir a veces —incluso a aquellos que profesan espiritualidad e inteligencia—: «Yo no hallo ninguna edificación especial en la asamblea; soy igual de feliz cuando me quedo en casa leyendo mi Biblia.» Pero ¿no tenemos otro objeto más elevado ante nosotros que nuestra propia felicidad? ¿No es la obediencia al mandato de Cristo, mandato dado "la noche que fue entregado", un objeto mucho más noble y elevado que cualquier otra cosa que tenga que ver con nosotros mismos? Si es el deseo del Señor que su pueblo se reúna en su Nombre, con el expreso propósito de anunciar su muerte "hasta que él venga", ¿rehusaríamos participar bajo el pretexto de que nos sentimos más felices en nuestra propia casa? El Señor reclama nuestra presencia a su Mesa; y si nosotros le decimos: «Estamos más felices en casa», nuestra felicidad deberá estar basada, pues, en la desobediencia, y, como tal, no es sino una felicidad no santa. Es mucho mejor, si así debiera serlo, ser infeliz en la senda de la obediencia, que ser feliz en la senda de la desobediencia. Creo verdaderamente que el pensamiento de sentirse más feliz en casa que en la reunión con el Señor, es pura ilusión; y el fin de aquellos que se dejan engañar por ello, demostrará que es así. A Tomás le puede haber dado lo mismo el hecho de estar o no presente con los demás discípulos cuando el Señor se les apareció; pero tuvo que vérselas sin la presencia del Señor, y aguardar ocho días hasta que los discípulos se reunieran el primer día de la semana, pues allí y entonces solamente el Señor tuvo a bien revelarse al alma de Tomás. Y lo mismo ocurrirá con aquellos que dicen: «Me siento más feliz en mi casa que en la reunión de los creyentes.» Seguramente se

quedarán atrás en conocimiento y experiencia; y bueno sería que no cayesen bajo el terrible ay denunciado por el profeta: “¡Ay del pastor inútil que abandona el ganado! Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se sacará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido” (Zacarías 11:17). Y no en vano el apóstol dijo: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca. Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:25-27).

En cuanto a la objeción basada en la falta de bendición en las asambleas cristianas, se encontrará generalmente que la más grande sequedad espiritual va acompañada de un espíritu quejoso y dispuesto a juzgar a los demás; y no dudo de que si aquellos que se quejan de la falta de bendición en las asambleas, y que esgrimen esto como excusa para quedarse en su casa, emplearan más tiempo en oraciones y súplicas para pedir esta bendición del Señor para la asamblea, harían una experiencia muy diferente.

Las personas que no son aptas para participar

Consideremos ahora quiénes son las personas que no deben tomar parte en la Cena del Señor.

Las Santas Escrituras hablan muy claramente acerca de este punto. Aquel que no es miembro de la verdadera Asamblea de Cristo no debería participar. La misma ley que ordenaba a toda la congregación de Israel comer la Pascua, ordenaba a todos los extranjeros incircuncisos no comerla. Nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros, y nadie tiene el derecho de celebrar esta fiesta —la que debe durar todo el tiempo de esta dispensación—, nadie tiene el derecho de partir el pan ni de beber la copa en memoria de Él, excepto aquellos que conocen y que han experimentado por sí mismos el poder purificante y santificante de su preciosa sangre. Comer el pan y beber la copa sin reconocer estas virtudes de su sangre, es, aunque de una manera diferente de los Corintios, comer y beber indignamente, es decir, comer y beber juicio; así ocurrió con la mujer de Números 5, quien debía beber las aguas de los celos a fin de hacer la condenación más manifiesta y terriblemente solemne.

Ahora bien, en este punto la cristiandad es particular y manifiestamente culpable. Al tomar la Cena del Señor, la Iglesia profesante, como Judas, puso su mano con Cristo en la mesa, y le entregó; ella comió con Cristo y, al mismo tiempo, levantó su talón contra Él. ¿Cuál será su fin? El mismo que el de Judas: "Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y —el Espíritu Santo añade con toda solemnidad— era ya de noche" (Juan 13:30). ¡Qué noche terrible! La más fuerte expresión del amor divino no hizo más que despertar el más fuerte odio del corazón humano. Pero tal será el fin de la falsa Iglesia profesante en su conjunto, y también el de cada falso profesante individual. Todos aquellos que, al rechazar el Evangelio y la gracia de Dios, hayan entregado a Cristo (aunque hayan sido bautizados en su Nombre y se hayan sentado a su Mesa para participar de su Cena), serán echados en las tinieblas de afuera —en el seno de una noche que jamás verá el amanecer—, en un abismo de dolores indecibles y sin fin.

Aun si pudieren decirle al Señor: "Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste" (Lucas 13:26), Su solemne y desgarradora respuesta será, a la vez que cierra la puerta en sus rostros: "Apartaos de mí; nunca os conocí." Lector, ¡piensa en esto! Si estás todavía en tus pecados, no se te ocurra participar de una fiesta de la que no tienes derecho ni parte. No ensucies la Mesa del Señor con tu presencia. En lugar de ir allí como un hipócrita, ve a Jesús como un pecador perdido, y busca la reconciliación y la purificación junto a Él, quien derramó su sangre por los pecadores como tú.

4

EL MOMENTO Y LA MANERA EN QUE SE HA DE CELEBRAR LA CENA DEL SEÑOR

Sólo agregaré unas palabras acerca del momento y la manera en que se ha de celebrar la Cena del Señor, tal como lo enseñan las Escrituras. Aunque la Cena no fue instituida el primer día de la semana, el capítulo 24 de Lucas y el capítulo 20 de los Hechos son harto suficientes para demostrar, a una mente sumisa a la Palabra de Dios, que ése es el día en que debe ser celebrada. El Señor partió el pan con sus discípulos "el primer día de la semana" (Lucas 24:1, 30); y en los Hechos leemos: "El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan..." (Hechos 20:7). Estos pasajes son plenamente suficientes para demostrar que los discípulos no deben reunirse una vez al mes, cada tres meses o cada seis meses para partir el pan, sino al menos una vez a la semana y, además, el primer día de la semana. Uno comprende también fácilmente que hay una razón particular, moralmente conveniente, de celebrar la Cena el primer día de la semana: Es el día de la resurrección, el día de la Iglesia, en contraste con el séptimo día que era el día de Israel. En la institución de la Cena, el Señor apartó los pensamientos de sus discípulos de todas las cosas judías, diciéndoles que no bebería más del fruto de la vid —de la copa pascual— e introduciendo un nuevo orden de cosas; y así también nosotros, el día mismo en que la Cena debe ser celebrada, observamos el mismo contraste entre las cosas celestiales y las

terrenales. Sólo en el poder de Su resurrección podemos anunciar la muerte del Señor de la manera que conviene. Cuando la batalla terminó, Melquisedec sacó pan y vino, y bendijo a Abraham en el nombre del Señor. Así también, nuestro Melquisedec, cuando la batalla llegó a su fin y la victoria fue ganada, se hizo presente en resurrección con pan y vino, para fortalecer y consolar los corazones de los suyos, y para alentarles con esa paz que tanto le costó obtener.

Si, pues, el primer día de la semana es el día en que los discípulos, como nos lo enseña la Escritura, se reunían para partir el pan, está claro que ninguna persona tiene el derecho de cambiar este día y de partir el pan una vez al mes, o cada seis meses. Un cristiano en cuyo corazón los sentimientos de amor por la persona del Señor son verdaderamente vivos y fervientes, no querrá más que anunciar la muerte del Señor tan a menudo como sea posible. Parecería, como lo vemos al principio del libro de los Hechos, que los discípulos partían el pan diariamente. Esto parece inferirse de la expresión: "Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas" (Hechos 2:46). Sin embargo, de lo que no caben dudas es de que el primer día de la semana es el día en que los discípulos se reunieron para partir el pan, tal como se nos enseña claramente en Hechos 20:7, y podemos ver también la belleza y la conveniencia moral de celebrar la Cena ese día.

La manera en que ha de celebrarse

En lo que concierne a la manera de celebrar la fiesta, los cristianos deberían ante todo dar la prueba de que el partimiento del pan es el objeto más elevado de su reunión el primer día de la semana. Deberían mostrar que no se reúnen para la predicación o la instrucción, sino que el partimiento del pan es su principal objeto. Es la obra de Cristo lo que mostramos en la Cena, y por ello le debemos dar el primer lugar en la asamblea. Y cuando esto se ha llevado a cabo debidamente, se dará libre curso a la acción del Espíritu Santo para el ministerio. El oficio del Espíritu Santo es anunciar y glorificar el Nombre, la Persona y la obra de Cristo; y si se le permite dirigir y poner orden en las asambleas de los cristianos —derecho que sin duda le pertenece—, podemos estar seguros de que siempre dará el primer lugar a Cristo y a su obra.

No puedo concluir este escrito sin confesar al lector que estoy lejos de creer que he desarrollado este tan importante tema con la profundidad debida, y que soy perfectamente consciente de mi de-

bilidad al respecto. Siento delante del Señor, en cuya presencia he escrito, tal incapacidad para presentar toda la verdad acerca de este tema, que casi temí que el mismo viera la luz. No que tenga alguna duda acerca de las verdades que he enunciado; pero al escribir sobre un tema como el partimiento del pan en un tiempo en el que impera tanta confusión entre los cristianos profesantes, siento que es tal la agudeza, la claridad y la lucidez que se requieren que yo mismo noto mi poca Capacidad al respecto.

Comprendemos muy poco cuánto la cuestión del partimiento del pan se vincula con la posición y el testimonio de la Asamblea en la tierra, y cuánta ignorancia prevalece al respecto en la Iglesia profesante. El partimiento del pan debería ser una clara demostración de la verdad de que todos los creyentes forman un cuerpo; pero la cristiandad profesante, con todos sus partidos y sus diferentes mesas para cada denominación, ha negado completamente esta verdad.

De hecho, la Cena es tristemente relegada a un segundo plano. La Mesa en la cual el Señor debería tener el primer lugar, es perdida de vista, y el púlpito, en el que el hombre ocupa el primer lugar, le ha hecho sombra. El púlpito el que, lamentablemente, a menudo es el instrumento por el cual se crea y perpetúa la desunión—, es para muchos lo más importante; mientras que un lugar de segundo rango le es dado a la Mesa, la cual, si se la comprendiera correctamente, manifestaría siempre el amor y la unidad.

Y todos los esfuerzos de los hombres para remediar este estado de cosas, no han servido más que para hacerlo más manifiesto. ¿Qué han hecho las «alianzas evangélicas» al respecto? No han hecho más que descubrir una necesidad existente entre los cristianos profesantes, que ellos mismos reconocen no poder satisfacer. Quieren la unión, pero son incapaces de conseguirla. ¿Por qué? Porque no quieren renunciar a todas las cosas que se han agregado a la verdad a fin de reunirse conforme a la verdad para partir el pan como discípulos. Digo como discípulos, y no como Bautistas, como Independientes o como miembros de «una iglesia». Puede que todos ellos (me refiero a aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo) tengan muchas verdades valiosas; pero no pueden hablar de una verdad que les impida reunirse juntos para partir el pan.

¿Podría la verdad impedir alguna vez a los cristianos reunirse para dar expresión a la unidad del Cuerpo de Cristo? ¡Imposible! Esto lo podría hacer un espíritu sectario en aquellos que sostienen la verdad, pero nunca la verdad misma.

¿Y qué sucede hoy día en la cristiandad profesante? Los cristianos de diversas denominaciones pueden reunirse con el propósito de leer la Biblia, orar y cantar juntos durante la semana; pero cuando llega el primer día de la semana, el domingo, no tienen la menor intención de dar la única expresión real y efectiva de su unidad que el Espíritu Santo puede reconocer: el partimiento del pan. “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1.ª Corintios 10:17).
Uno de los pecados en Corinto consistía en que no se esperaban los unos a los otros. Esto surge de la exhortación con que el apóstol resume la cuestión. “Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros” (1.ª Corintios 11:33). ¿Por qué debían esperarse unos a otros? Seguramente para que expresaran más claramente su unidad. Pero ¿qué hubiera dicho el apóstol si, en lugar de reunirse en un solo lugar, lo hubieran hecho en diferentes lugares conforme a las diferentes opiniones de la verdad que tuviere cada uno? Habría dicho, con mucha más fuerza quizás: «No podéis comer así la Cena del Señor.»

Pero uno podría preguntar todavía «cómo es posible que todos los creyentes de una misma localidad puedan reunirse en un solo lugar». A eso respondo que aun cuando no pudiesen reunirse todos en un mismo lugar, podrían hacerlo al menos sobre el mismo principio. ¿Cómo se reunían los creyentes en el tiempo de los apóstoles? La Escritura dice que estaban todos “unánimes” (Hechos 5:12). En tal condición, poca dificultad tenían en cuanto al lugar material en que debían reunirse. Podían hacerlo perfectamente “en el pórtico de Salomón” o en cualquier otro lugar que sirviera para ese propósito. Ellos daban expresión a su unidad de una manera que no dejaba lugar a ningún equívoco. Ni las diferentes localidades, ni la medida de sus conocimientos o de sus dones podían de alguna manera ser un obstáculo para su unidad. Ellos eran “un cuerpo, y un Espíritu” (Efesios 4:4).

Al terminar, quisiera todavía agregar que el Señor honrará ciertamente a aquellos que en la fe y la fidelidad reconocen y realizan la unidad de la Iglesia o Asamblea de Dios en la tierra. Y cuanto más las dificultades impidan esta realización, tanto más honrados serán. ¡Que el Señor dé a todos un ojo sencillo y un espíritu humilde y recto para comprender y poner en práctica estas cosas!

Tu cuerpo partido, bendito Señor,
El pan representa, en gracia y amor
El vino vertido en la copa de bendición
Tu sangre señala, amado Salvador.
Y mientras nos congregamos así
Anunciamos que uno somos en ti
Tu preciosa sangre, vertida en la cruz
Nos dio la victoria y nos trajo a la luz

Otras Publicaciones:

El camino de la cruz

Una vida de sencillez – parte 1

Una vida de sencillez – parte 2

La paz de Dios

Los bocados de la mesa del rey – Tomo I

Los bocados de la mesa del rey – Tomo II

La Biblia es la palabra de Dios

La cena del Señor

El yugo desigual

El testimonio de Watchman Nee

El testimonio de Bakht Singh

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail *tesoroscristianosv@hotmail.com*
Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307
Contacto en Colombia: E-mail *tesoroscristianos@gmail.com*
Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net